

## **GUERRAS INTERESTELARES**

Miquel Barceló

¿Una nueva guerra de los mundos? era el título del dossier del mes de noviembre pasado en UNIVERSO. Se trataba en ese caso de una guerra incruenta, centrada básicamente en el debate científico sobre los planetas extrasolares. Pero la precariedad de conocimientos reales sobre otros sistemas planetarios, nunca ha impedido a la ciencia ficción imaginar las más cruentas guerras entre todo tipo de mundos y, sobre todo, entre especies.

El precedente clásico irrenunciable es la famosa *La guerra de los mundos* (1898) del británico Herbert G. Wells, seguida muy de cerca por la guerra colonial contra unos alienígenas de Sirio imaginada por Robert W. Cole en *The Struggle for the Empire: A Story of the Year 2236* (1900). A partir de ahí, la ciencia ficción se pobló con facilidad de vastos imperios estelares, de naves espaciales de guerra y de rayos de la muerte de todo tipo.

Evidentemente los problemas logísticos de transporte y comunicación habían de ser un verdadero problema a escala galáctica, pero el hiperespacio y el comunicador ansible aparecieron como por arte de magia para permitir imaginar lo imposible. La aventura militar espacial, lo que hoy conocemos como *space opera*, estaba servida.

Grandes autores clásicos, desde Edmond Hamilton a Jack Williamson pasando por E.E. Smith, narraron en los años treinta y cuarenta todo tipo de aventuras bélicas interestelares protagonizadas por esforzadas patrullas interestelares (Hamilton), aguerridas legiones del espacio (Williamson), o telepáticos hombres lente (Smith).

La evidente ingenuidad de todos esos precursores dio lugar muy pronto a verdaderas disquisiciones en torno al militarismo en sí. Abrió el fuego Robert A. Heinlein con *Tropas del espacio* (1959), una obra presuntamente escrita para ser leída por adolescentes (un "juvenil" en la jerga del género), pero que, por su exaltación del militarismo más exacerbado, molestó a muchos, aunque tal vez no a Paul Verhoeven, autor de una reciente versión cinematográfica.

Hubo varias respuestas a Heinlein. Harry Harrison lo hizo en clave de ironía en *Bill, el héroe galáctico* (1965) pero, muy pronto, verdaderos combatientes mostraron la más que presumible dureza de una guerra interestelar. Joe Haldeman, soldado gravemente herido en Vietnam, analizaba en *La guerra interminable* (1974) no sólo una guerra interestelar, sino la crueldad y rudeza de todas las guerras. El Hugo, el Nebula y el Locus, los tres premios mayores de la ciencia ficción internacional, avalaron en aquel momento la posición anti-militarista de Haldeman.

Pero, salvo honrosas excepciones, la estela de Heinlein parece haber dominado en las guerras interestelares que ha imaginado la ciencia ficción. Militarismo, acción desaforada, violencia y destrucción son la marca de fábrica de la *space opera* bélica, de la que son buenos ejemplos la serie *Dorsai!* de Gordon K. Dickson (iniciada en 1960), o la serie en torno a las máquinas asesinas interestelares llamadas *Berserkers* de Fred Saberhagen (iniciada en 1963).

La guerra interestelar servía también como excusa para los más espectaculares gadgets tecnológicos. En la famosa serie de películas iniciada con *La guerra de las galaxias* (1977), se llega a utilizar como arma definitiva todo un planetoide artificial, la llamada "estrella de la muerte". Existe un curioso precedente hispano de ello. Se trata del "autoplaneta Valera", un planetoide devenido en nave espacial y poderosa arma de guerra en la llamada "*Saga de los Aznar*" que escribiera en los años cincuenta el valenciano Pascual Enguídanos Usarch, bajo el pseudónimo de George H. White. El premio a la mejor serie europea de ciencia ficción obtenido en 1978, avala el interés de esa famosa y hoy inencontrable serie de *space opera* bélica "made in Spain".

Una novedad temática reciente, es el enfoque que adoptó Orson Scott Card en la popular tetralogía iniciada con *El juego de Ender* (1985). La guerra interestelar entre especies distintas comporta, en el orden ético y moral, la responsabilidad que supone la posible extinción de una especie alienígena inteligente por más agresiva y hostil que pueda ser. Card sugiere hacer la distinción entre especies aparentemente no-humanas pero de capacidades esencialmente parecidas a las humanas (*raman*) y aquellas que constituyen lo verdaderamente alienígena (*varelse*), esas especies con quienes es imposible cualquier tipo de colaboración o, ni siquiera, de conversación. Con toda seguridad, el *Alien* (1979) de Ridley Scott es un claro ejemplo de *varelse*...